

Alcánzame cuando puedas

Jesús Humberto Florencia

Para Alfonso Castillo, agradeciendo su amistad



Cuánto tiempo ha transcurrido desde que llegaron a ese lugar? Nadie puede precisarlo. Ninguno quisiera averiguarlo. Posiblemente no son ellos los que se encuentran allí, sino la imagen de sus cuerpos, repetidos, luego de tanta monotonía; luego de tanto ir y venir por el mismo espacio.

Sólo uno prueba alimento luego del largo día de trabajo, y dice:
-Parece, como si nos hubieran chupado las horas del alma. -Pero ni las palabras ni la comida tienen sabor.

El otro, observa detenidamente a su alrededor, como si presenciara el instante mismo de su nacimiento; como si buscara una salida. Su mano sostiene el bisturí, ya sin filo, como queriendo cortar las densas capas de olor que se formaron frente a sus ojos.

Algunos dioses lloraron por el acto fallido de su creación, los otros se limitaron a escuchar.

-De tanto estar aquí encerrados, ya ni recuerdo quién soy.

-Por lo menos da gracias de que no eres el que está ahí tirado sobre la plancha.

-Quién sabe. A lo mejor el infeliz la está pasando mejor que nosotros.

Un tercero, azul, rojo, amarillo, morado, con sus interiores expuestos a la vista, soporta la broma con humildad.

-Oye, ¿por qué no lo cosemos rápido, lo echamos al enfriador y nos vamos a descansar?

-No.

-Andale; mañana terminamos el trabajo. Total, no creo que se pueda mover de aquí.

-Tú estate quieto y síguele escarbando. No quiero que me agarren dormido a la hora de entregarle cuentas.

-¿A quién? Si no hay nadie; ya todos se fueron a vivir sus vidas. Menos nosotros.

-Y qué, ¿éste no cuenta? Míralo nada más y tenle un poco de respeto.

-Tú andas mal de la cabeza y yo mejor me largo.

-Fíjate bien, hombre. ¿No se te hace que nos mira como con ojos de lástima? Al fin y al cabo él ya está en paz, ya es alguien.

-¡Deja de andar diciendo tarugadas! Ponte abusado. ¿O qué? Parece que te gusta emplasticar a gente que ni conoces.

-¿Quién dice que no? Te lo presento si quieres. Se llama S A 931712, y disculpa que lo encuentres en esas fachas, pero no había planeado venir a visitarnos.

Como respuesta, coloca sobre la plancha, junto a la cabeza de quien ya ni opinar puede, un objeto pequeño.

-Si vamos a quedarnos, por lo menos tengamos un poco de música... -observa al apacible-. Caray, si fuera otro el cuerpo, ya nos andaríamos divirtiendo de otra manera, ¿no te parece?

-Oooyeme. Hasta la pregunta ofende. Pero no entiendo por qué ya no nos mandan mujeres.



-Pues porque ya nos conocen. ¿O qué?

Parece como si los tres se divirtieran.

Parece como si uno opinara:

Y es que aún estoy, en el lugar de siempre, en la misma ciudad y con la misma gente...

Gracias al radio, parece que el cuerpo recupera el habla. Los otros dos se miran, divertidos.

-¿Le quitamos eso de ahí?

-Dale chance. Aunque el muerto, muerto esté, dejemos que sea por un ratito como los demás. ¿O qué?

Como una película que se ha visto con anterioridad, los dos hombres continúan con el inalterable rito del trago de tequila, el de los dedos embargadores de órganos por falta de pago a la rutina, el de los ojos que se olvidaron de los destrozos cometidos por la mano.

Jesús Humberto Florencia. Escritor. Licenciado en Literatura Dramática y Teatro. Becario del Centro Mexicano de Escritores (1988). Premio Internacional de Novela Nuevo León por *Luna que se quiebra* (1993).

—Te apuesto lo que quieras a que lo mató el vicio. Fíjate bien. Se ve que le tupió duro al aguardiente, y del bueno.

—Hazte maje. El hígado se pondría igual hasta si le echaras meados destilados.

—¡Nombre! Aunque lo veas zoquete, aquí mi amigo se dio vida de rey. A los que tienen para pagarse gustos buenos, no se les pone el cuerpo como si fuera el mismísimo gesto del demonio.

—Un cuate de esos no tendría las uñas mugrosas.

—¡Ah, caray! Déjame ver... ¡Cuál mugre ni que ocho cuartos! Es sangre.

—¡Cómo va a ser sangre! Te digo que es mugre, porque tiene el color negro de la mugre.

—¿A poco? Entonces tú qué serás, porque viéndote bien, tienes un color como de cáncer en el recto. Esto que ves aquí es sangre.

—Es mugre; cochina, mengambrosa, puerca, pero mugre de *mugrosidad* mugrosa.

—¡Mugrosa tienes la cola, qué!

—Presta atención que nada cuesta salpicar cuando se está mojado, ¿o qué?

—Pues lo que quieras.

—Arráncate.

—Aquí te espero.

Pero ninguno lleva la discusión hasta sus límites. No lo asegurarían, pero parece como si el tercero se hubiera quejado.

—¿Oíste? El muerto quiso hablar.

Con cautela, se aproximan y agudizan el oído.

—A lo mejor ya se cansó de estar en una sola posición; o a lo mejor hicimos mal en quedarnos tan tarde para destaparlo; o a lo mejor...

La voz que responde, consigue provocarles una tímida sonrisa que se acrecienta luego de recordar, y sobre todo de establecer las jerarquías entre el burlador y el burlado.

¡Adquiera otra personalidad!

De nuevo, el radio junto a la cabeza, le permitió al difunto participar en la conversación y recobrar la atención de los otros.

Así es, cambie de guardarropa, de automóvil, de domicilio, de mujer y permítase ser el hombre que no puede. Almacenes Una Pasión Me Domina, tiene lo que usted necesita.

—Ya estuvo suave; van des sustotes que nos pega el triste radio. Creo que mejor lo apago, ¿o qué? Deja de estarte riendo y respóndeme.

—¡No lo apagues! Espera. Esa canción me gusta.

Acompañado por sus propias carcajadas, se dirige al cadáver. Con una mano le sostiene el cráneo y con la otra le dirige la mandíbula.

—Además, quiero preguntarle aquí al señor qué opina de nosotros.

Como un muñeco de ventrílocuo, el muerto mueve la boca y canta:

Eres diferente, diferente, al resto de la gente que siempre conocí...



Bienvenidos a la fiesta. A partir de ese momento, los dos forenses bailan como si fuera un rock and roll, para luego, unirse al coro. Escuchemos cómo cantan:

Tus ojos tienen un tono distinto al gris de la niebla y al verde del mar.

—¡A ver, ustedes dos!, ¿de qué se trata este relajito?

Ambos voltean hacia el muerto, pero el muerto se estaba divirtiendo. Por lo que entonces, ¿quién los reprendió?

El director del hospital.

—Háganme el favor de suturar y guarden el cuerpo. Cuando terminen pasen a mi oficina.

Más rápido que en un dos por tres, cumplieron, sin decir una sola palabra con su trabajo, olvidando anotar en el expediente que en el costado izquierdo había un orificio de bala.

—Ahora sí, la que se nos va a armar, ¿o qué?

—Por eso te dije que nos fuéramos. Pero tú, necio.

—Caray, ¿y si nos corren? Yo no sé hacer otra cosa.

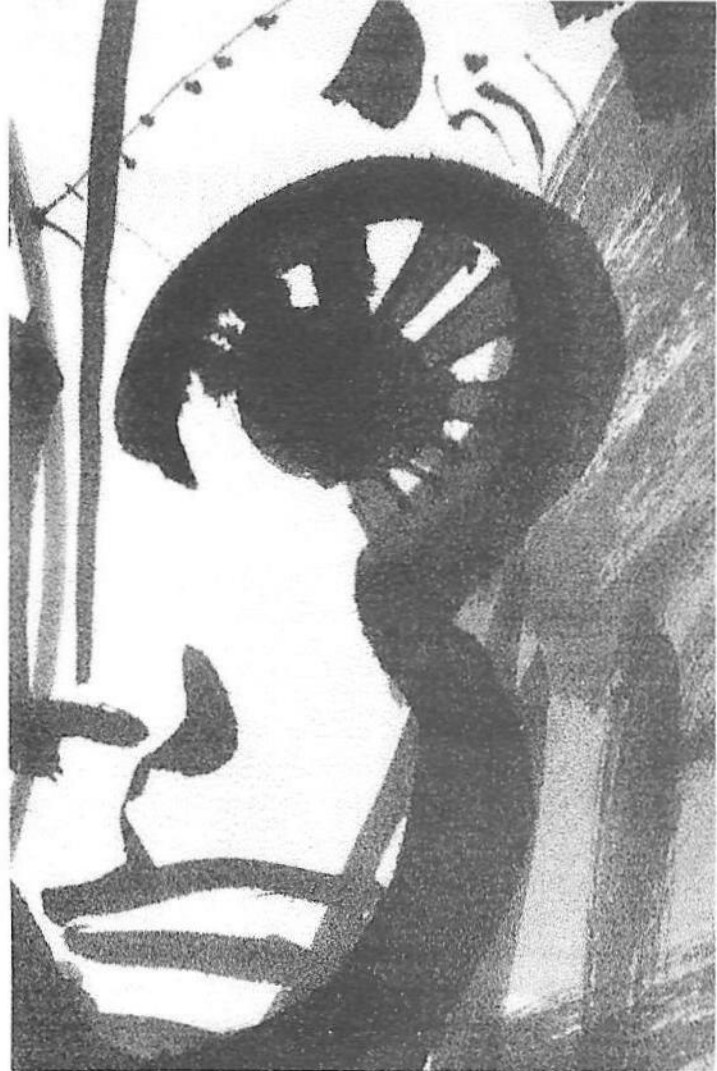
—No te preocupes. Tengo un primo que trabaja en el rastro. De seguro que él nos consigue chamba.

Convencidos de no regresar, lavan y guardan el instrumental sin ningún cuidado.

—Lo que tenga que tronar, que truene, ¿o qué?

—Total. Al fin que yo ya me quería salir de este trabajo.

Caminan viendo al suelo, viendo sus pasos. Pero algo los detiene; un detalle que hasta en ese momento recordaron que debieron revisar, por lo que regresan rápidamente a la morgue.



—¡Soy un imbécil!

—¿Qué tienes? ¿Se te olvidó despedirte de nuestro cuate, o qué?

—Saca las llaves.

—No las tengo.

—¡Carajo; no vamos a poder meternos!

Nótese que de un momento a otro, los rostros modificaron su gesto. Del disgusto, los labios marcan una ligera sonrisa. Pero la boca no tiene la voluntad suficiente para contenerse y explota en una carcajada.

—¿Te sientes bien? Si dejaste las llaves adentro, de no ser por el muerto, ya nadie nos va a abrir.

—Shhh... Escucha... ¿Cómo ves? Por las prisas dejamos el radio ahí dentro.

—Para recuperarlo, tendríamos que destapar el cuerpo de nuevo. *Aunque toques no te dejo entrar, aunque toques no te dejo entrar, aunque toques no te dejo entrar, ven mañana y vuélvelo a intentar.*

—¡Infeliz! ¿Ya lo oíste? Te dije que la estaba pasando bien. Te apuesto lo que quieras a que se está burlando de nosotros.

—¿Tú crees?

—Lo peor de todo es que ahora se está divirtiendo solo.

—Pues tú dirás, ¿se lo quitamos, o qué?

Cd. de México Tenochtitlán.

